

REG

3/2024 (6)

MAYO - JUNIO

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES

ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

HÉCTOR I. MARTÍNEZ ÁLVAREZ	El imperialismo en estado de emergencia: crisis, conflictos y cambios	7
----------------------------	---	---

DOSIER

JERRY HARRIS	Imperialism and Contemporary Global Capitalism: China, Russia and the US	13
--------------	--	----

TORKIL LAUESEN	The Crises of Imperialism and the Prospect of Socialism	41
----------------	---	----

FERNANDO ROMERO WIMER	Disputa global y expansión del poder militar de China en el siglo XXI	81
-----------------------	---	----

JOHN FREDDY GÓMEZ CAMILA ANDREA GALINDO	¿La decadencia del imperialismo estadounidense ante un nuevo orden mundial?	113
--	---	-----

PATRICK BOND	Más allá del multipolarismo imperial/subimperial	143
--------------	--	-----

HÉCTOR I. MARTÍNEZ ÁLVAREZ	Imperialismo y dependencia: América Latina en la crisis contemporánea mundial	165
----------------------------	---	-----

ESTUDIOS

AILEEN CHALES-AOUN MARÍA MUÑOZ-CARBALLO	Perfiles sociodemográficos y autodefinición política en España: Un análisis con técnicas de dependencia de la dicotomía izquierda-derecha en tiempos de neofascismos	199
--	--	-----

RONALDO MUNCK	Populism and Socio-Political Transformation in Latin America	229
---------------	--	-----

Más allá del multipolarismo imperial/subimperial

Patrick Bond

Profesor distinguido de Sociología

Universidad de Johannesburgo

Sudáfrica

Resumen: El proyecto «multipolar» aparece para algunos como una alternativa al poder imperialista dominado por Occidente, especialmente a las instituciones multilaterales orientadas a las empresas. Sin embargo, incluso si los países de renta media consiguen entrar en el accionariado formal y la gestión de estas instituciones, es evidente que su exitosa asimilación de los neoliberales del Sur Global representa una asociación imperial/subimperial insostenible. Al fin y al cabo, el contexto para este tipo de acuerdos incluye crisis financieras periódicas (que catalizaron el G20 a finales de 2008), una ralentización del crecimiento del PIB y de la integración económica mundial, una política monetaria occidental sesgada por los banqueros (cuyos tipos de interés más altos están provocando crisis de deuda cada vez más graves), las lecciones de la pandemia del virus Covid-19 sobre la provisión de bienes públicos mundiales (es decir, las restricciones de la propiedad intelectual de las corporaciones sobre las vacunas), el aumento de los precios de los alimentos y el aumento de la pobreza, (es decir, las restricciones de la propiedad intelectual de las corporaciones sobre las vacunas y el tratamiento), el empeoramiento de las crisis ecológicas, la desigualdad extrema, el aumento de las reacciones protofascistas, la agitación geopolítica, la guerra devastadora e incluso, un genocidio no mitigado por un orden judicial internacional desaprobador (aunque simbólico). El renovado énfasis en un BRICS+ Brasil-Rusia-India-China-Sudáfrica en expansión puede seguir suscitando falsas esperanzas, especialmente en la «desdolarización» y en el papel de unas cuantas pequeñas instituciones «alternativas». En su lugar, se requiere ahora un auténtico internacionalismo solidario, ascendente y no polar, para trascender tanto las inútiles asociaciones imperiales/subimperiales como el falso amanecer del multipolarismo de los BRICS+.

Palabras clave: Antiimperialismo; Asociación Imperial/Subimperial; BRICS+; Crisis Capitalista; Multipolarismo.

Beyond imperial/sub-imperial multipolarism

Abstract: The 'multipolar' project appears to some as an alternative to western-dominated imperialist power, especially to the corporate-oriented multilateral institutions. However, even if inroads are made by middle-income countries into formal

share ownership and management of these institutions, it is evident that their successful assimilation of neoliberals from the Global South represents an untenable imperial/sub-imperial partnership. After all, the context for such deal-making includes periodic financial crises (catalysing the G20 in late 2008), a slow-down in GDP growth and global economic integration, banker-biased Western monetary policy (whose higher interest rates are causing worsening debt crises), the Covid-19 pandemic's lessons about global public good provision (i.e., corporations' Intellectual Property restrictions on vaccines and treatment), worsening ecological crises, extreme inequality, rising proto-fascist reactions, geopolitical turmoil, devastating warfare and even a genocide unmitigated by a disapproving (albeit tokenistic) international judicial order. The renewed emphasis on an expanding Brazil-Russia-India-China-South Africa BRICS+ may continue to spark a false hope especially in 'de-dollarisation' and the roles of a few small 'alternative' institutions. Instead, a genuine solidaristic, bottom-up, *non-polar* internationalism is required now, to transcend both the futile imperial/sub-imperial partnerships and the false dawn of BRICS+ multipolarism.

Keywords: Anti-imperialism; BRICS+; Capitalist Crisis; Imperial/Subimperial Partnerships; Multipolarism.

Introducción

La asociación «entre un jinete y un caballo» fue la forma en que el líder supremacista blanco de Rhodesia blanca de 1933-53, Godfrey Huggins, describió los acuerdos neocoloniales (citado en Arnold, 2005, p. 383). Existe una asociación similar entre las economías occidentales más ricas y las potencias medias, a pesar de la afirmación generalizada de que la multipolaridad está ahora en proceso de reemplazar a la unipolaridad. El núcleo imperialista necesita una asociación con las principales economías emergentes, y parece estar forjándola, en detrimento de todos, excepto de las élites de la sociedad, y con el riesgo de destrucción planetaria, dado el éxito de la asociación en la prevención de la resolución de crisis a escala global.

La idea del imperialismo estaba, en los tiempos capitalistas modernos, asociada con batallas internas competitivas entre unas pocas grandes potencias europeas a finales del siglo XIX. Sus tendencias de crisis capitalista interna estimularon una expansión geográfica sin precedentes hacia territorios coloniales. El proceso fue facilitado por los principales mercados financieros, que a su vez toparon con varios límites, como fue la primera en explicar Rosa Luxemburgo (1913), requiriendo así la construcción de un imperio donde emergiera una articulación de relaciones capitalistas y no capitalistas, para enorme beneficio de la economía. En ese contexto, el poder militar colonial se desplegó típicamente para conquistar territorio y establecer una gestión estatal formal y, más tarde, relaciones de po-

der político-económico neocoloniales informales. Los sistemas policiales, legales y monetarios que el capitalismo requería fueron establecidos por los regímenes coloniales para conquistar, subyugar a los pueblos y extraer recursos, y datan del siglo XVI en las esferas de influencia británica, francesa, alemana, holandesa, portuguesa, española, belga e italiana, especialmente cuando fue codificado en la conferencia de Berlín de 1884-85 que dividió África.

En nuestra época actual, esa fórmula imperialista –formación de crisis capitalista en el centro, su desplazamiento geográfico, instituciones financieras facilitadoras y acaparamiento neocolonial de recursos y territorios– sigue siendo muy relevante. El principal elemento adicional que se volvió más vital después de la Segunda Guerra Mundial y absolutamente imposible de evitar desde la década de 1990 fue el dominio económico, sociocultural, geopolítico y militar de Estados Unidos. Ese dominio se ha ejercido cada vez más a través de instituciones multilaterales con sede en Occidente cuyas operaciones favorecen los intereses de las mayores corporaciones multinacionales y especialmente de los financieros. La operación policial obvia para estas empresas ha sido realizada por el ejército estadounidense, especialmente en forma de golpes de estado contra gobiernos hostiles al capital y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Cuando se trata de procesos económicos, las principales multilaterales imperialistas incluyen el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), fundados en 1944, y más tarde la Organización Mundial del Comercio (OMC, que evolucionó a partir de lo que originalmente fue el Acuerdo General sobre Aranceles, Tarifas y Comercio de 1948). Las instituciones financieras de ‘Bretton Woods’ se expandieron dramáticamente durante las décadas de 1980 y 1990, a raíz de la internacionalización de los bancos comerciales y el shock Volcker de 1979 –el aumento de las tasas de interés de la Reserva Federal de Estados Unidos– que condujo a la crisis de la deuda del Tercer Mundo. Otro es el Banco de Pagos Internacionales, una liga de bancos centrales con sede en Suiza dominada por Estados Unidos, Reino Unido, Europa y Japón. Surgieron sistemas de regulación financiera cada vez más punitivos, especialmente después del ataque occidental a los bancos musulmanes tras el ataque de Al Qaeda en septiembre de 2001 a Nueva York y Washington, amplificado por sanciones económicas posteriores contra Irán y Rusia (estas últimas resultaron contraproducentes cuando los llamamientos a la «desdolarización» se hicieron más serios), así como la lista gris y la lista negra del Grupo de Acción Financiera Internacional (GAFI, 2023) de varios regímenes que no cooperaron con Interpol contra el lavado de dinero, el tráfico de drogas y el terrorismo (Gaviyau y Sibindi, 2023).

Estados Unidos se había convertido en la hegemonía capitalista global después de la Segunda Guerra Mundial, fortaleciendo su poder después del fin de la Guerra Fría y, a principios de la década de 2000, fusionando su capacidad militar y sus intereses corporativos (a menudo expresados a través de políticas neoliberales impuestas por las instituciones de Bretton Woods) con una retórica prodemocracia (ostensiblemente liberal) que periódicamente se revelaba como enormemente hipócrita. Pero la crisis financiera global de 2007-09 requirió revisiones importantes, especialmente en términos de asimilación de los líderes políticos de las economías emergentes del G20, en un momento en que se necesitaba tanto relegitimación como un respaldo financiero. Mientras que en 2008 ésta era una tarea difícil para el régimen neoconservador de George Bush, convenientemente fue reemplazado a principios de 2009 por un internacionalista más capaz de fusionar la ideología neoconservadora y neoliberal: Barack Obama.

Como resultado, la década de 2010 fue testigo de nuevas formas de gobierno imperial, que requirieron cada vez más asociaciones con un nuevo grupo de caballos que a menudo hacen el trabajo más duro, hasta el momento en 2017 en que el paleoconservador Donald Trump reemplazó a Obama. Para ilustrar el problema multilateral más difícil y duradero –el ecocidio–, el equipo de Obama inició una asociación imperial/ subimperial en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) de 2009 a 2016. Ese organismo generalmente sirvió a los principales intereses industriales y de combustibles fósiles del mundo al retrasar la imposición de recortes de emisiones de gases de efecto invernadero, al promover estrategias relacionadas con el mercado y confiar en la promesa de avances técnicos para reducir y secuestrar CO₂ (innovaciones que a su vez suelen estar protegidas) detrás de las regulaciones de Propiedad Intelectual de la OMC, como fue el caso de lo que deberían haber sido los bienes públicos más necesarios de 2020-23: vacunas y tratamientos Covid-19.

La asociación imperial con los principales contaminadores subimperiales ha sido vital para mantener esta postura, frente a las demandas de los países pobres y vulnerables tanto de recortes de emisiones como de pagos de reparaciones por pérdidas y daños. El proceso de asociación comenzó en serio en 2009 en la cumbre de la CMNUCC en Copenhague, cuando Obama irrumpió en una sala de reuniones del Bella Convention Center para proponer un acuerdo con los líderes del grupo «BASIC» Brasil-Sudáfrica-India-China. En sus memorias presidenciales, Obama (2020, 516) comentó sobre esta reunión:

China, India y Sudáfrica parecieron contentas con dejar que la conferencia fracasara y ardiese y echaran la culpa a los estadounidenses... Aparte

de mí, el actor más importante que asistió ese día fue el primer ministro chino, Wen Jiabao. Había traído consigo una delegación gigante, y hasta el momento el grupo se había mostrado inflexible e imperioso en las reuniones, negándose a aceptar que China se sometiera a cualquier forma de revisión internacional de sus emisiones, confiando en el conocimiento de que a través de su alianza con Brasil, India y Sudáfrica, tenían votos suficientes para anular cualquier acuerdo. Al reunirme cara a cara con Wen, respondí advirtiéndole que incluso si China considerara que evitar cualquier obligación de transparencia era una victoria a corto plazo, resultaría ser un desastre a largo plazo para el planeta.

Después de irrumpir en una reunión de líderes del BASIC y amenazar con denunciarlos públicamente por no cooperar, Obama (2020, p. 517) contó cómo sus duras palabras impresionaron a uno de sus asistentes (Reggie Love):

Debo decir, jefe, que lo que había allí atrás era una «verdadera mierda de gánsteres». Me sentí bastante bien. En el escenario más grande, sobre un tema que importaba y con el reloj corriendo, había sacado un conejo de la chistera. Es cierto que la prensa hizo críticas mixtas al acuerdo provisional, pero dado el caos de la conferencia y la obstinación de los chinos, todavía lo vi como una victoria... Lo más importante es que habíamos logrado que China e India aceptaran, sin importar ¡Cuán a regañadientes o tímidamente!, la noción de que todos los países, y no sólo los de Occidente, tenían la responsabilidad de hacer su parte para frenar el cambio climático.

Junto con Rusia, este grupo tomó luego el nombre de BRICS como lugar para la formación de alianzas flexibles en conferencias anuales y, desde mediados de 2023, se expandió cuando se invitó a cinco nuevos países a unirse a la red: Arabia Saudita (por confirmar), Irán, Emiratos Árabes Unidos, Egipto y Etiopía, grupo que produce menos del 30% de la producción mundial pero el 51% de las emisiones de gases de efecto invernadero. Lo que podemos describir como una fusión de intereses imperial/subimperial es que tanto Occidente como los BRICS ampliados, no logran ponerse de acuerdo sobre la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero a niveles sostenibles (o eliminar gradualmente los combustibles fósiles) y rechazan un principio lógico en la gestión ambiental multilateral (y nacional): quien contamina paga las reparaciones. En cambio, los responsables de las políticas climáticas imperialistas prefieren trucos como los mercados de carbono que, de hecho, privatizan el aire y la tecnología arregla los mitos. Una gran red de ONG y filantropocapitalis-

tas *que mantienen el statu quo* se han convertido en facilitadores y legitimadores vitales del enfoque occidental de la llamada «modernización ecológica» de la política climática (que favorece los mercados y las soluciones técnicas), como también es el caso en casi todos los demás países (silo-capitalistas) delimitando el ámbito sectorial de la política pública global.

Se pueden encontrar redes informales adicionales de poder imperial –a veces descritas como una clase capitalista transnacional (Robinson, 2003)– en el Foro Económico Mundial con sede en Davos, que ha asumido el manto de un grupo de cerebros futurista, uno que anteriormente adornaba al Grupo Bilderberg y Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos (Van der Pijl, 2010). Del mismo modo, al trabajar para moldear la conciencia pública, los medios corporativos y numerosos *think tanks* con influencias especializadas son responsables de los aspectos ideológicos y estratégicos del mantenimiento del régimen imperialista, ahora ubicado en las capitales de todo el mundo.

Pero los estados siguen siendo vitales, y las colaboraciones militares, geopolíticas y de gestión económica entre poderosas capitales siguen siendo el factor crucial detrás de la durabilidad del imperialismo. Desde la década de 1970, el bloque del G7 a menudo ha coordinado el poder estatal occidental, dependiendo de la coyuntura. Los principales intereses militares del imperialismo están coordinados por la Organización del Tratado del Atlántico Norte, centrada en el Pentágono estadounidense y revivida en los últimos años, junto con la colaboración anglófona de seguridad e inteligencia de los ‘Cinco Ojos’ (que incluyen al Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda). Un Diálogo Cuadrilátero de Seguridad fusiona fuerzas japonesas, indias, australianas y estadounidenses en Asia, principalmente contra la expansión de China (Tricontinental, 2024).

A veces las potencias imperiales utilizan el Consejo de Seguridad de la ONU para un control de base amplia – aunque reconociendo contradicciones divisivas asociadas con antagonismos geopolíticos y militares – y permiten que la Asamblea General de la ONU vote sobre el ‘orden basado en reglas’ principalmente en aras de la legitimidad. Las disputas dentro de las redes militares imperialistas, como la de si se debía apoyar las invasiones de Afganistán e Irak a principios de la década de 2000, se atenuaron a medida que el liderazgo neoconservador estadounidense se consolidó a través de las administraciones de Bush y Obama, con el firme respaldo británico (Chomsky y Prashad, 2022).

Aparte de dos excepciones en la ONU – una prohibición de los clorofluorocarbonos (CFC) en 1987 y un fondo para medicamentos en 2002 – y los rescates financieros coordinados del G20 entre 2008 y 2011 que beneficiaron principalmente a banqueros vulnerables, las políticas neoliberales se han sostenido

en todo momento. Excepciones importantes demuestran que este enfoque no es inevitable a escala nacional, como la pandemia de Covid-19 que provocó bloqueos económicos en 2020-21, momento en el que muchos estados adoptaron una distribución del ingreso keynesiana suave y cierta intervención en política industrial. China sigue siendo el principal Estado nacional capaz de realizar importantes intervenciones no relacionadas con el mercado y, a menudo, antimercado, como prohibir las criptomonedas, imponer estrictos controles cambiarios, regular estrictamente los macrodatos e invertir en bienes públicos (especialmente en rehabilitación ambiental). Pero esto ocurre dentro de un contexto: la sobreacumulación sostenida de capital productivo chino, que lleva a una «salida» de muchas empresas industriales principalmente a lo largo de una Iniciativa de la Franja y la Ruta desigual, lo que también refleja la expansión extractivista (Bond, 2021).

La mayor parte de este poder imperial requiere alianzas de la élite compradora con los líderes neoliberales de los países víctimas en las empresas y la mayoría de los gobiernos. De hecho, desde la crisis financiera mundial de finales de la década de 2000 y nuevamente durante la pandemia de Covid-19, ha habido una nueva característica vital de asimilación imperial, especialmente asociada con el ascenso del bloque BRICS al escenario global. Estas economías de tamaño mediano están desempeñando papeles más importantes no solo en las instituciones multilaterales, sino también en el grupo del G20 (en 2023, la India, en 2024 Brasil y en 2025, Sudáfrica).

La utilización de aliados regionales de potencia media para complementar la agenda militar estadounidense no es nueva: Brasil, Turquía y especialmente Israel merecen desde hace mucho tiempo el título de «subimperialistas». Fue con este término que Ruy Mauro Marini (1973) comenzó a caracterizar las relaciones Washington-Brasilia en las décadas de 1960 y 1970, para luego ser caracterizadas ampliamente dentro de la categoría «semiperiferia» por la escuela de sistemas-mundo de Immanuel Wallerstein (1974).

Los méritos del subimperialismo para el poder estadounidense fueron expresados por el candidato presidencial independiente Robert F. Kennedy, Jr. (2023), quien por lo demás es un fuerte crítico del abusivo gasto militar anual de billones de dólares. Pero en una entrevista en noviembre de 2023, RFK Jr prometió que, si fuera elegido a finales de 2024, se asegurarían de que «tenemos los recursos que son críticos para nosotros, incluidos los recursos petrolíferos que son críticos para el mundo, que tenemos una capacidad de ataque para asegurarnos de poder protegerlos. E Israel es crítico. Y la razón por la que es crítico, es porque es un baluarte para nosotros en Oriente Medio. Es casi como tener un portaaviones en Oriente Medio».

Se trata de una versión terriblemente cruda, aunque honesta, de los deseos aliados subimperiales de Washington. Un reflejo más general está en la gestión multilateral del capitalismo, como cuando la tensión económica aumentó en 2008-11 y 2020-22 y tanto los regímenes imperiales como subimperiales utilizaron el G20 y el FMI para coordinar la expansión monetaria, los rescates bancarios y las tasas de interés rápidamente reducidas (Roberts, 2023).

Contradicciones económicas y geopolíticas dentro del conjunto de fuerzas imperial/subimperial

Los cambios importantes en los patrones de acumulación de capital se reflejan en acuerdos imperialistas/subimperialistas bastante dinámicos. Desde la década de 1970, cuando resurgieron las tendencias capitalistas a la crisis, Asia Oriental se convirtió en una opción de inversión atractiva para las empresas que enfrentaban tasas de ganancia más bajas en Occidente. La globalización del comercio, la inversión y las finanzas se aceleró, impulsada por la llegada de los petrodólares (reservas de la economía petrolera) y los eurodólares que centralizaron el dinero en los principales paraísos financieros occidentales. Luego, la desregulación financiera neoliberal liderada por Estados Unidos y Gran Bretaña desde principios de los años 1980 permitió un crecimiento explosivo del crédito, las innovaciones en productos financieros y el capital especulativo. Las altísimas tasas de interés –impuestas desde Washington en 1979 para hacer frente a la inflación estadounidense– atrajeron más fondos invertibles de Occidente a los circuitos financieros del capital. Y la economía de la Unión Europea se convirtió en una unidad de poder capitalista más coherente y menos fragmentada, con una moneda única a principios de los años noventa (Bond, 2003).

En consecuencia, las funciones de control de las instituciones multilaterales en relación con los países deudores sirvieron principalmente a los intereses de las corporaciones y bancos multinacionales, especialmente una vez que la crisis de la deuda de los años 80 transfirió el poder político al Banco Mundial y al FMI. Este componente financiero del imperialismo vuelve a ser un problema profundo, a raíz de los gravámenes de deuda de muchos países por el Covid-19 (Hudson, 2023).

En este contexto, varias presiones geopolíticas y tensiones militares de larga data se agudizaron durante la década de 2010, en su mayor parte evidentes en la actualidad como guerras en toda regla en Ucrania y Oriente Medio, pero potencialmente también en conflictos que podrían estallar en cualquier momento en Centroamérica, Asia, las montañas del Himalaya, el Mar de China Meridional y la península de Corea. Sin duda, estas divisiones pueden esca-

lar rápidamente, sumergiendo intereses mutuos más amplios y creando una mentalidad de «campo»: Occidente versus un llamado alineamiento «multipolar» liderado por China y Rusia, que a su vez ha afectado profundamente las sensibilidades antiimperialistas en todo el mundo. Hay debates cada vez más feroces entre quienes favorecen a los BRICS (Fernandes, 2023) y quienes son más escépticos sobre si el bloque representa un desafío real al poder corporativo global (Bond, 2023).

Los conflictos se han extendido a la migración laboral, el comercio y las finanzas, como lo atestigua el aumento de la xenofobia y las críticas de derecha al «globalismo». Estos cristalizaron en victorias populistas de derecha en tres elecciones de 2016 –Brexit, Trump y Duterte (Filipinas)–, seguidas de otras como Brasil, Italia y ahora Argentina y Países Bajos. Detrás de la falta de fe en la política de las élites liberales no sólo está la mala gestión de lo que consideran una llamada «policrisis» que se desarrolla en diversas áreas de responsabilidad multilateral, sino también la disminución de la mayoría de los ratios de globalización (especialmente comercio/PIB) después de 2008, lo que resultó en una «desglobalización» o lo que *The Economist* (2019) denomina «lentitud» o crecimiento «acelerado» según el *Informe sobre Comercio y Desarrollo de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD)* de 2023. Ese documento confiesa «beneficios desiguales de la integración comercial» que desde 2021 han comenzado a generar «una nueva economía política de gobernanza comercial» basada en «construir cadenas de suministro resilientes, apoyar una transición energética justa, generar empleos decentes, abordar la corrupción y la evasión de impuestos corporativos» y desarrollar una infraestructura digital segura», todo lo cual resta prioridad a «la globalización en general y la liberalización comercial en particular» (UNCTAD 2023, pp. 33-34).

Además de estos defectos abiertamente admitidos en el sistema, la guerra comercial entre Estados Unidos y China que comenzó en 2017 y la invasión rusa de Ucrania en 2022 reflejan otras contradicciones y límites dentro de la expansión geográfica del capital. El flujo y reflujo de la ideología «paleoconservadora», contraria a la agenda imperial neoconservadora, seguirá desorientando a los administradores e instituciones imperialistas, como se vio durante el régimen de Trump (y puede volver a serlo si gana las elecciones de 2024). Pero muchos de estos conflictos – nacidos de contradicciones capitalistas internas – no son realmente de carácter interimperial, sino que reflejan un carácter «deshonesto» dentro de ambos subimperialismos (del cual Vladimir Putin cruzó la línea al invadir Crimea en 2014 y el resto de Ucrania) en 2022 –; y del imperialismo, por ejemplo, cuando el Tesoro de Estados Unidos tomó

medidas extremas contra la integración financiera global de Rusia, expulsando a Moscú del principal sistema de transacciones bancarias y confiscándose varios cientos de miles de millones de dólares de sus activos oficiales y oligarcas descuidadamente dispersos (Bond, 2022).

Es difícil contemplar el imperialismo contemporáneo sin al menos tocar todas estas dinámicas y mencionar las instituciones que sustentan el poder imperial. Desde la era del imperialismo de Lenin, el sistema ha evolucionado hasta convertirse en una red mucho más compleja responsable de gestionar la mercantilización de todo lo que existe bajo el sol por parte del capital global, en parte desplazando sus tendencias a la crisis a través de un desarrollo desigual y combinado más extremo. Para atacar cada uno de estos procesos, necesitamos herramientas conceptuales más profundas, especialmente la idea de «subimperialismo», aunque el término resulta muy alienante para los nacionalistas del Tercer Mundo. El análisis Tricontinental (2024) del «hiperimperialismo» afirma: «Objetivamente, no existe tal cosa como el subimperialismo...» En el proceso, eso nos permitiría trascender una interpretación antiimperialista simplista de «El enemigo del enemigo es mi amigo», que tan a menudo se encuentra en la llamada lógica «campista» (Robinson, 2023). Después de todo, el propio Vladimir Putin (2022) dejó claro en vísperas de la invasión de Ucrania lo asfixiante que consideraba el legado bolchevique de Lenin de permitir a las nacionalidades étnicas el poder descentralizado, en esta amenaza de estilo mafioso: «¿Quieres la descomunización? Muy bien, esto nos queda muy bien. Pero ¿por qué detenerse a mitad de camino? Estamos dispuestos a mostrar lo que significarían para Ucrania una descomunización real».

Pero a pesar de eso, el sentimiento de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo (respaldar la invasión de Putin y afirmar que China es la vanguardia socialista mundial (Tricontinental, 2024)) sigue siendo parte del «nuevo estado de ánimo», como Vijay Prashad (2023) denomina esta orientación hacia la política del Sur Global. Y esos sentimientos son expresados regularmente por los líderes de las cinco mayores fuerzas de centro izquierda aquí en Sudáfrica: los Luchadores por la Libertad Económica, la facción de 'Transformación Económica Radical' del gobernante Congreso Nacional Africano (y su manifestación de 2024 como el Partido MK), el Partido Comunista y las dos alas más grandes del movimiento organizado trabajo – el Congreso de Sindicatos de SA y el Sindicato Nacional de Trabajadores Metalúrgicos de SA. De ahí que las formulaciones utilizadas para abordar el poder imperial/subimperial sean cada vez más importantes, por ejemplo al impugnar tanto la invasión rusa de Ucrania como los ataques genocidas israelíes-estadounidenses, con una línea de análisis coherente.

Las advertencias de Lenin

El legado antiimperial del pensamiento y el activismo de izquierda se remonta incluso a antes del folleto de Vladimir Lenin, *Imperialismo* de 1916. Ese documento tiene fortalezas pero también debilidades. La descripción central de Lenin involucra cinco características de un sistema capitalista mundial integrado en esa coyuntura particular, que mostró suficiente madurez para trabajar en conjunto: concentración de capital y producción; capital financiero fusionando capital industrial, terrateniente y mercantil bajo el dominio de los bancos; exportación de capital; monopolios y cárteles que operaban a través de fronteras; y la división del mundo entre las mayores potencias capitalistas, que fue más obvia en la «lucha por África» de Berlín en 1884-85 y, justo cuando terminaba de escribir *Imperialismo*, el Acuerdo Sykes-Picot entre Gran Bretaña, Francia y Rusia de mayo de 1916, que dividió el Imperio Otomano. De diversas maneras, todas estas tendencias son evidentes hoy.

Pero destacan al menos dos defectos. En primer lugar, hay que tener en cuenta la refutación que hizo en 1929 el primer economista de la Escuela de Frankfurt, Henryk Grossman, a una idea de Lenin y, antes que él, de Rudolf Hilferding: el «capital financiero» que lo abarca todo. En el crucial tercer capítulo de *Imperialismo*, Lenin (1916) insistió:

Es característico del capitalismo en general que la propiedad del capital esté separada de la aplicación del capital a la producción, que el capital monetario esté separado del capital industrial o productivo, y que el capital monetario esté separado del capital industrial o productivo. El rentista que vive enteramente de la renta obtenida del capital dinerario está separado del empresario y de todos los que están directamente interesados en la gestión del capital. El imperialismo, o la dominación del capital financiero, es la etapa más elevada del capitalismo en la que esta separación alcanza enormes proporciones. La supremacía del capital financiero sobre todas las demás formas de capital significa el predominio del rentista y de la oligarquía financiera; significa que un pequeño número de estados financieramente «poderosos» se destacan entre todos los demás.

Hilferding (1910), mucho más reformador socialdemócrata que Lenin, había advertido que tomar posesión de seis grandes bancos berlineses significaría tomar posesión de las esferas más importantes de la industria a gran escala. El término capital financiero reflejaba el poder del sector –del cual Lenin y Hilferding proporcionaron muchos ejemplos– pero *no sus vulnerabilidades y contradicciones*, como Grossman (1929) argumentó proféticamente justo antes

de la crisis financiera mundial de 1929-31 en su libro *La ley de la acumulación y la acumulación. Colapso del sistema capitalista: un estudio de la teoría marxista de la crisis*.

En segundo lugar, el marco de Lenin suponía que las batallas intestinas entre corporaciones –respaldadas por Estados que representan sus intereses– definirían la etapa imperialista del capitalismo, en contraste con una comprensión anterior elaborada por Rosa Luxemburgo (1913). Para ella, debido al «flujo incesante de capital de una rama de producción a otra, y finalmente en los vaivenes periódicos y cíclicos de la reproducción entre sobreproducción y crisis... la acumulación de capital es una especie de metabolismo entre la economía capitalista y aquellos métodos de producción precapitalistas sin los cuales no puede continuar y que, desde esta perspectiva, corroe y asimila». El énfasis en el análisis de Luxemburgo es cómo el imperialismo surge del poder capitalista que confronta a la sociedad, la naturaleza y los primeros estados: «las relaciones no capitalistas proporcionan un suelo fértil para el capitalismo; más estrictamente: el capital se alimenta de las ruinas de tales relaciones, y aunque este medio no capitalista es indispensable para la acumulación, ésta procede sin embargo a costa de este medio, devorándolo».

Lenin (1913) consideró tales argumentos como «basura» y descartó el libro de Luxemburgo como un «confundimiento impactante». Pero el siglo siguiente demostró que incluso durante un período de imperialismo occidental relativamente poco competitivo y dominado por una única superpotencia militar, formas más extremas de «acumulación por desposesión» –como David Harvey (2003) ha rebautizado ese robo capitalista/no capitalista– son a menudo el recurso que utiliza el capitalismo cuando necesita desplazar temporalmente sus contradicciones. La informalización del trabajo, la austeridad del Estado de bienestar, la privatización y el mayor alcance de las industrias extractivas en lo que Marx llamó los «dones gratuitos de la naturaleza» son manifestaciones obvias. El último punto –la apropiación ambiental como estrategia de acumulación por desposesión– es cada vez más crucial, dado el alcance de la destrucción de la naturaleza por parte del capitalismo no sólo a través de la contaminación y especialmente de las emisiones de gases de efecto invernadero, sino también dentro de las cadenas de valor globales de explotación que sufren los países pobres en una extracción no compensada de recursos no renovables (Brand y Wissen, 2013).

Samir Amin (2010) dio muchas explicaciones del imperialismo que ignoran el agotamiento de los recursos no renovables de manera mordaz en su *Ley del valor mundial*: «la acumulación capitalista se basa en la destrucción de las bases de toda riqueza: los seres humanos y sus recursos naturales». Fue

necesaria una espera que duró un siglo y medio hasta que nuestros ambientalistas redescubrieron esa realidad, que *ahora se vuelve deslumbrantemente clara*. Es cierto que los marxismos históricos habían pasado por alto en gran medida los análisis adelantados por Marx sobre este tema y habían adoptado el punto de vista de la burguesía -equiparado a un punto de vista «racional» atemporal- con respecto a la explotación de los recursos naturales.

Otras dos respuestas a la crisis, cruciales desde que surgieron los primeros circuitos de capital, son lo que Harvey (1982) denominó el «arreglo espacial», que es el desplazamiento geográfico del capital hacia sitios más rentables, y el «arreglo temporal», en el que la capacidad de desplazar capital a lo largo del tiempo depende de sistemas financieros cada vez más sofisticados, de modo que se pague más tarde pero se consuma ahora, para absorber los mercados saturados. El resultado es un «nuevo imperialismo» más dependiente que nunca de desplazarse, estancarse y robar, para desplazar el capital que se sobreacumula en espacios y sectores económicos expuestos, en lugar de enfrentar una desvalorización total del tipo de la Gran Depresión de los años treinta.

Eso significa que es vital comprender qué reformas propuestas o en marcha permitirán que continúe ese desplazamiento de capital sobreacumulado y, por tanto, facilitarán la revitalización del imperialismo, y cuáles se interponen en el camino. En su *Estrategia para el Trabajo*, el sociólogo francés André Gorz (1967) se burló de los ajustes menores que satisfacen las necesidades del imperialismo de base amplia calificándolos de «reformas reformistas» y de aquellos que socavan la lógica político-económica dominante como reformas no reformistas. Esa distinción requiere que los antiimperialistas serios trasciendan su actual fetiche con las relaciones interestatales, en parte debido a la forma en que los BRICS+ (incluso la China de Xi Jinping) son *asimilados* dentro del multilateralismo.

Asimilación imperialista

Ha surgido una enorme influencia más allá del Estado nacional y se encuentra dentro de las instituciones imperialistas multilaterales centrales que acabamos de analizar. Es por eso que Occidente a menudo se ha preocupado por una asimilación cada vez más ardua –pero no obstante vital– de las economías emergentes a las estructuras de poder mundial. Los BRICS+ serán puestos a prueba, tema por tema, especialmente a la luz de la forma en que el genocidio de Israel ha dividido al bloque, en nuevos miembros que generalmente son fieles aliados subimperiales de Estados Unidos: Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Egipto (cuyos gobernantes estaban normalizando sus relaciones

con Tel Aviv), además de Etiopía (que tiene vínculos religiosos históricos con Israel y una extensa migración circular), frente al duradero enemigo de Washington, Irán, así como dos voces críticas contra las masacres de Gaza: Sudáfrica y Brasil. Aunque China y Rusia sí lo han hecho.

The Economist (2014) preguntó a Barack Obama sobre las perspectivas de asimilación:

The Economist: Se ve a países como China creando un banco BRICS (institución que parece más bien paralela al sistema), por ejemplo, y potencialmente ejerciendo presión sobre el sistema en lugar de ampliarlo y fortalecerlo. Ésa es la cuestión clave: si China terminará dentro de ese sistema o desafiándolo. Creo que ese es el gran problema de nuestros tiempos.

Obama: Lo es. Y creo que es importante que Estados Unidos y Europa sigan dando la bienvenida a China como socio pleno en estas normas internacionales. Es importante para nosotros reconocer que habrá momentos en los que habrá tensiones y conflictos. Pero creo que son manejables. Y creo que a medida que China cambia su economía de ser simplemente el fabricante de bajo costo del mundo a querer ascender en la cadena de valor, de repente cuestiones como la protección de la propiedad intelectual se vuelven más relevantes para sus empresas, no sólo para las empresas estadounidenses.

La estrategia de bienvenida en general dio sus frutos. En vísperas de la toma de posesión de Trump, Xi Jinping (2017) pronunció en Davos que con gusto tomaría el manto de Obama: «La globalización económica ha impulsado el crecimiento global y ha facilitado el movimiento de bienes y capitales, los avances en ciencia, tecnología y civilización, y las interacciones entre los pueblos... Te guste o no, la economía global es el gran océano del que no puedes escapar. Cualquier intento de cortar el flujo de capital, tecnologías, productos, industrias y personas entre economías y canalizar las aguas del océano de regreso a lagos y arroyos aislados es simplemente imposible».

Un exvicepresidente del Nuevo Banco de Desarrollo (NBD) de los BRICS, Paulo Battista (2023), hizo lo mismo que Obama en el Club Valdai en Rusia, en una amplia autocrítica de esa institución y del Acuerdo de Reserva Contingente (CRA) que estaba destinado a ser la alternativa de los BRICS al FMI: «Permítanme asegurarles que cuando empezamos con la CRA y el NBD, existía una preocupación considerable por lo que los BRICS estaban haciendo en esta área en Washington, DC, en los EE.UU. FMI y en el Banco Mundial. Puedo dar fe de ello porque viví allí en ese momento, como Director Ejecuti-

vo para Brasil y otros países en el Directorio del FMI. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, la gente en Washington se relajó, sintiendo tal vez que no íbamos a ninguna parte».

En ninguna parte *diferente*, para ser más precisos. Por lo tanto, a pesar de las críticas de la izquierda a Occidente, existe una coherencia de la derecha con el sustento del poder corporativo por parte del imperialismo dentro de una agenda multilateral que Occidente y los BRICS+ generalmente apoyan. El objetivo general del gerencialismo imperial/subimperial sigue siendo la extensión de los principios y prácticas de la mercantilización a todos los aspectos de la vida humana y la naturaleza, amplificadas por el Big Data, la creciente capacidad de vigilancia, la inteligencia artificial y otras nuevas tecnologías. Incluso cuando se necesitan con urgencia bienes públicos globales, como eliminar la propiedad intelectual de las innovaciones en energía renovable y almacenamiento, o en el tratamiento y gestión de vacunas pandémicas, la OMC ha demostrado ser importante a pesar de críticas poco comunes, como la de India y Sudáfrica que solicitaron una exención para abordar la crisis de Covid-19 una postura de la que se retiraron a mediados de 2022, cuando Brasil, Rusia y China no ayudaron a superar la dogmática resistencia de las grandes farmacéuticas europeas (especialmente alemanas, británicas, noruegas y suizas).

El proceso de asimilación se ha correspondido durante mucho tiempo con la interpenetración de capitales –y de una clase capitalista internacional recientemente confiada, con protección de paraísos fiscales y ciudadanía múltiple– durante el período de comercio, inversión extranjera y flujos financieros transfronterizos en constante aumento, hasta la década de 2008. Año pico de la globalización. Era vital una ideología adoptada casi universalmente, el neoliberal Consenso de Washington, y todavía está asociada con la privatización, la desregulación, la subcontratación, la precarización, las políticas públicas basadas en el mercado y una miríada de técnicas de hurto público-privadas, a medida que se reafirman las políticas de austeridad (tras la pausa momentánea 2020-22). En el caso de la gestión ambiental, la ideología de la modernización ecológica combina la fe en la tecnología y los mercados. En cuanto a la política social, los intentos de reformar el imperialismo y establecer pactos sociales fracasaron rotundamente, aparte de los años 2020-21 de emergencias de Covid-19. Una nueva amenaza puede encontrarse en las estrategias de «inclusión financiera» para aprovechar las subvenciones sociales en efectivo mediante el gravamen de la deuda microfinanciera garantizada, como lo innovó de manera extremadamente predatoria aquí en Sudáfrica hace una década el nuevo presidente del Banco Mundial, Ajay Banga (Bateman *et al.* 2023).

Compárese esta ideología con la de proyectos imperiales pasados, como el colonialismo racista, o la Alemania de Bismarck, que fue pionera en el estado del bienestar, o la forma en que el poder colonial y neocolonial fomentó una aristocracia laboral en los países capitalistas centrales (Bhambra y Holmwood, 2018), o bien el keynesianismo y los marcos socialdemócratas de posguerra en los que las potencias estadounidenses y europeas proyectaron su alternativa a los caminos soviético y chino. El imperialismo actual es una versión mucho más cruel, extractiva y eficaz. El neoliberalismo conduce a un capitalismo sin restricciones que reduce la soberanía e implica una estructura de poder global que lo abarca todo, donde incluso las empresas de los países BRICS dependen de las instituciones de Washington, Ginebra y Nueva York para extraer ganancias a lo largo y ancho de la cadena de valor global, donde el capital de Shanghai-Mumbai-Johannesburgo-Sao Paulo a menudo hace el trabajo sucio de extracción y fabricación, y rara vez se lleva la mayor parte de las ganancias ubicadas en investigación y desarrollo, marketing y financiamiento.

Solidaridad internacional antiimperialista/subimperialista

Sin embargo, hay dos excepciones, en medio de la aquiescencia general de la ONU al imperialismo neoliberal corporativo, que podrían ser modelos para el internacionalismo. Otros esfuerzos, como el Nuevo Orden Económico Internacional de las décadas de 1970 y 1980 y el Centro de las Naciones Unidas sobre Empresas Transnacionales, no resultaron duraderos, aunque un esfuerzo relacionado de la ONU –para poner fin al apartheid– contribuyó a la deslegitimación de la Pretoria anterior a 1994 y ayudó a los activistas de base occidentales en campañas de boicot, desinversión y sanciones, contra los intereses imperialistas. El mismo potencial parece estar surgiendo contra Israel, en forma de presión de la ONU para poner fin al genocidio y el colonialismo de colonos contra los palestinos, en parte a través de la Corte Internacional de Justicia de la ONU como resultado del caso de Sudáfrica a principios de 2024. Estos son el tipo de potenciales de asociación que podrían fomentarse de manera más constructiva en una era posneocolonial.

Dentro de la ONU, el éxito sustancial puede medirse en dos frentes: la prohibición de 1987 de los CFC que destruyen la capa de ozono y el fondo de medicamentos de 2002 que fusionó capacidades de activistas y estados. Estos abordaron, a escala global, lo que fueron y son, de hecho, crisis globales. El Protocolo de Montreal evitó el creciente agujero en la capa de ozono, que incluso los regímenes conservadores de Reagan, Thatcher y Kohl reconocieron como una amenaza existencial durante la década de 1980, y por lo tanto se implementó plenamente una prohibición en 1996. Las exenciones iniciales para

los hidrofluorocarbonos fueron posteriormente eliminadas en una enmienda de Kigali de 2016. Eso también salvó al planeta de lo que la NASA sugiere que habría sido un posible medio grado Celsius de calentamiento planetario adicional para 2100. Una prohibición de este tipo sobre las principales fuentes de CO₂ y metano, sin lagunas jurídicas en el comercio de emisiones, es lo que la ONU debería tener como objetivo de la CMNUCC, pero parece incapaz de prevenir a tiempo un cambio climático catastrófico, debido al equilibrio adverso de fuerzas.

La segunda excepción, la creación de un Fondo Mundial de las Naciones Unidas para luchar contra el SIDA, la tuberculosis y la malaria, catalizado a principios de la década de 2000 por los sudafricanos negros que vivían con el VIH, que inicialmente no pudieron persuadir a los líderes de sus estados nacionales para que accedieran a los medicamentos antirretrovirales ARV para mejorar los sistemas inmunológicos. Los activistas de la Campaña de Acción por el Tratamiento encontraron aliados internacionales –especialmente Médecins sans Frontières, la Coalición contra el SIDA para Unleash Power, con sede en Estados Unidos, y Oxfam– que ayudaron a exigir y ganar una exención sobre la propiedad intelectual para los ARV genéricos dentro de la Organización Mundial del Comercio en 2001. En ese momento, más de 40 millones de personas vivían con el VIH. La dirección del Fondo Mundial de las Naciones Unidas (2024), de manera autocomplaciente pero justificada, describe en su sitio web lo que fue «un acto de solidaridad y liderazgo globales extraordinarios [...] para luchar contra las que entonces eran las enfermedades infecciosas más mortíferas que enfrentaba la humanidad», lo que resultó en 60 mil millones de dólares estadounidenses donados por los países ricos, «salvando 59 millones de vidas y reduciendo a más de la mitad la tasa de mortalidad combinada por las tres enfermedades».

Se trata de dos enfoques internacionalistas de los bienes públicos globales, dentro y en contra de la lógica de las instituciones multilaterales que normalmente sirven al poder corporativo, que cualquier crítico de las relaciones imperiales/subimperiales debe considerar victorias. La primera fue, sin duda, una reforma vertical dentro de un sistema capitalista global en el que se entendía que una externalidad del mercado –la contaminación por CFC– amenazaba al sistema; mientras que el segundo fue de abajo hacia arriba, impulsado por activistas que necesitaban una reforma del poder de las grandes farmacéuticas y transferencias de recursos financieros de Norte a Sur, para salvar la vida de millones de personas pobres. Otras batallas específicas tienen lecciones inspiradoras, como la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, que se destaca por al menos debilitar lo suficiente el bloque de poder racial del Estado y el capital blancos a mediados de la década de 1980, tanto a través de luchas locales como de sanciones interna-

cionales, como para que aquí se ganara la democracia (incluso si las condiciones socioeconómicas y ambientales empeoraran). De vez en cuando, proyectos como los de los municipios autónomos zapatistas de Chiapas, México; Ocupaciones agrícolas del Movimiento Brasileño de Trabajadores Sin Tierra; o las bases feministas y socialistas democráticas de Rojava han proporcionado sitios prefigurativos de liberación en territorios particulares (Kothari *et al.*, 2019).

Y hemos visto otros innumerables actos de internacionalismo antiimperialista, como protestas generalizadas de solidaridad con Palestina contra los Estados israelí, estadounidense, británico, alemán y francés. El activismo climático coordinado globalmente a veces resulta muy prometedor, y las mejores aplicaciones locales –a veces bajo la bandera de «defensores del agua»– proporcionan lo que Naomi Klein (2014) denomina activismo «blockadia», y muchas de esas luchas evolucionan desde la «acción climática» hasta la «acción climática» y la «justicia climática».

Sin embargo, a medida que los movimientos basados en la identidad ganaron fuerza y se produjo cierta cooptación, dejándonos con figuras como Obama o con lo que se denomina el «feminismo inclinado» del 1% (Arruzza, Bhattacharya y Fraser, 2019); también ha surgido una imagen especular de un doble de derecha, como advierte Klein (2023). El formidable ascenso de un falso antiimperialismo, o más precisamente antiglobalismo, en torno a las redes que Steve Bannon ha construido, está desempeñando un papel pernicioso y propagador de conspiraciones que une a disidentes protofascistas autoproclamados «populistas» en todo el mundo. Por otro lado, la impresionante actuación de las candidaturas presidenciales estadounidenses de Bernie Sanders en 2016 y 2020, y la campaña de liderazgo británico de Jeremy Corbyn en 2017 incluyeron tanto llamamientos a la solidaridad de clase como a políticas de identidad progresistas. Corbyn debilitó al Partido de la Independencia del Reino Unido –que el año anterior había impulsado el Brexit– mientras ganaba el regreso de las fuerzas de la clase trabajadora a la izquierda utilizando políticas socioeconómicas convincentes. Pero como muestra la reciente división alemana de De Linke, el peligro de que las fuerzas políticas pardas rojizas hagan concesiones a las tendencias xenófobas sigue siendo grave.

En cuanto al éxito de las fuerzas de extrema derecha, incluso si socavaron una campaña de vacunación científica contra el Covid-19, el populismo de derecha merece algo de crédito por haber abordado problemas que la izquierda había dominado históricamente, como las críticas al poder estatal coercitivo, la extrema derecha, vigilancia, medicalización excesiva y relaciones amiguistas entre las corporaciones y el Estado. Los debates sobre el discurso de odio y la censura existen en casi todas partes, ya que los macrodatos generan lo que Yanis Varou-

fakis (2023) denomina tecnofeudalismo. Estos serán desafíos profundos para los antiimperialistas en las próximas décadas, gracias al poder creciente en las sedes corporativas de las mayores empresas tecnológicas en Estados Unidos (Seattle-Silicon Valley) y China (Shenzhen-Hangzhou), en relación con las capacidades inadecuadas de Reguladores Washington-Beijing.

Si nos remontamos a la historia reciente, un cuarto de siglo, a las protestas más importantes del movimiento por la justicia global contra instituciones multilaterales como las de Seattle y Washington, DC en 1999-2000, así como contra los ejércitos estadounidense y británico en 2003, cuando comenzó la guerra de Irak, hay lecciones más aleccionadoras. El Foro Social Mundial comenzó bien en 2001 en Brasil, pero al cabo de una década había degenerado en una tertulia libre de ideologías dominada por ONG. Algunos componentes fuertes persistieron –por ejemplo, la Vía Campesina, la Marcha Mundial de las Mujeres y los Guerreros del Agua– y tanto los movimientos centrados en un solo tema como los centrados geográficamente demostraron que podían movilizarse de manera coherente a escalas global y local.

Pero es bastante obvio que los dos principales movimientos globales progresistas de los últimos meses, el clima y la solidaridad palestina, deben obtener algunas victorias mucho más profundas en el próximo período para evitar el agotamiento y el colapso. A medida que las fuerzas sigan surgiendo, cayendo y surgiendo de nuevo tanto contra el imperialismo como ahora también contra el subimperialismo, será vital prestar mucha más atención a la fallida asociación occidental con los regímenes BRICS+ (y a los conflictos entre y dentro de estas fuerzas) para lograr una solución coherente, internacionalista y estrategia de abajo hacia arriba.

Referencias

- Amin, S. (2010). *Law of Worldwide Value*. New York: Monthly Review Press.
- Arnold, G. (2006). *Africa: A Modern History*. London: Atlantic Press.
- Arruzza, C. T. Bhattacharya and N. Fraser (2019), *Feminism for the 99%*. London: Verso.
- Bateman, M., P. Bond, L. Lavinias and E. Torkelson (2023). Incoming World Bank President Ajay Banga's predatory-finance background threatens even more prolific Bank poverty-creation. *CADTM*, 12 April. <https://www.cadtm.org/Incoming-World-Bank-President-Ajay-Banga-s-predatory-finance-background>
- Batista, P. (2023). BRICS Financial and Monetary Initiatives. 3 October, Valda Club. <https://valdaclub.com/a/highlights/brics-financial-and-monetary-initiatives/>
- Bhambra, G. and J. Holmwood (2018). Colonialism, Postcolonialism and the Liberal Welfare State, *New Political Economy*, 23 (5), 574-587.
- Bond, P. (2003). *Against Global Apartheid*. London: Zed Books.
- Bond, P. (2021). Pros and Cons of China's Roles in Southern Africa.' In A.M. Vasiliev, D.A. Degterev and T. Shaw (Eds), *Africa and the Formation of the New System of International Relations*. London: Springer Nature, pp.139-156. https://link.springer.com/chapter/10.1007/978-3-030-77336-6_10
- Bond, P. (2022). Leaning on the BRICS as a Geopolitical Counterweight Leads Only to Faux-Polyarchic, Subimperial 'Spalling'. *Journal of World-Systems Research*, 28(1), pp.146-152. <https://doi.org/10.5195/jwsr.2022.1124>
- Bond, P. (2023). Les BRICS ou la 'Schizophrénie' du Sous-Impérialisme, *Alternatives Sud*, 30, pp.33-46. <https://www.cetri.be/Anticolonialisme-s?lang=fr>
- Brand, Ulrich, and Markus Wissen. (2018). *The Limits to Capitalist Nature*. London: Rowman & Littlefield.
- Chomsky, N. and V. Prashad (2022). *The Withdrawal*. New York: New Press.
- Financial Action Task Force (2023). Black and Grey Lists. Paris. <https://www.fatf-gafi.org/en/countries/black-and-grey-lists.html>
- Fernandes, M. (2023) Can BRICS lead a wave of assertion from Global South? *People's Dispatch*, 21 August. <https://peoplesdispatch.org/2023/08/21/can-brics-lead-a-wave-of-assertion-from-global-south/>
- Gaviyau, W., and A. Sibindi. (2023). Global Anti-Money Laundering and Combating Terrorism Financing Regulatory Framework: A Critique. *Journal of Risk and Financial Management* 16: 313. <https://doi.org/10.3390/jrfm16070313>
- Gorz, A. (1967). *Strategy for Labour*. Boston: Beacon Press.
- Harvey, D. (1982). *Limits to Capital*. Chicago: University of Chicago Press.
- Harvey, D. (2003). *The New Imperialism*. New York: Oxford University Press.

- Hilferding, R. (1910) [1981], *Finance Capital*, London: Routledge & Kegan Paul.
- Hudson, M. (2023). BRICS De-Dollarization, the Banking Crisis, and Multipolarity. *Geopolitics*, 30 March. https://www.youtube.com/watch?v=CWQjYAg_M84
- Kennedy, R. (2023). WWII Warning and the Moment the Democrats Became Corrupted. *The Rubin Report*, 5 November. https://youtu.be/kCYDsAB1_0A?t=2532
- Klein, N. (2014). *This Changes Everything*. Toronto: Alfred A. Knopf.
- Klein, N. (2023). *Doppelganger*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Kothari, M., A. Salleh, A. Escobar, F. Demaria, and A. Acosta (Eds). (2019). *Pluriverse: The Post-Development Dictionary*, Delhi: Authors Up Front and Tulika.
- Lenin, V. (1913). Notes on *The Accumulation of Capital*. Marxists.org, <https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1913/apr/rl-acc-capital-notes.htm>
- Lenin, V. (1916). *Imperialism*. Marxists.org. <https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1916/imp-hsc/ch03.htm>
- Luxemburg, R. (1913), *The Accumulation of Capital*. Marxists.org. <https://www.marxists.org/archive/luxemburg/1913/accumulation-capital/>
- Marini, R. (1973). *Dialéctica de la Dependencia*. México: ERA.
- Obama, B. (2020). *A Promised Land*. New York: Crown Books.
- Prashad, V. (2023). Burying the Monroe Doctrine. Delhi: Tricontinental Institute. <https://thetricontinental.org/newsletterissue/burying-the-monroe-doctrine/>
- Putin, V. (2022). Speech to the Russian Nation. Moscow, 24 February. <https://the-print.in/world/modern-ukraine-entirely-created-by-russia-read-full-text-of-vladimir-putins-speech/843801/>
- Robinson, W. (2003). *Transnational Conflicts: Central America, Social Change and Globalization*. London: Verso Books.
- Roberts, M. (2021). The Sugar Rush Economy. The Next Recession blog, 21 March, <https://thenextrecession.wordpress.com/2021/03/21/the-sugar-rush-economy/>
- The Economist* (2014). The President on Dealing with China. 2 August. <http://www.economist.com/blogs/democracyinamerica/2014/08/economist-interviews-barack-obama-1>
- The Economist* (2019). The Steam has Gone out of Globalisation, 24 January. <https://www.economist.com/leaders/2019/01/24/the-steam-has-gone-out-of-globalisation>
- Tricontinental Institute (2024). *Hyper-Imperialism*. Delhi. January. <https://thetricontinental.org/studies-on-contemporary-dilemmas-4-hyper-imperialism/>
- UN Conference on Trade and Development (2023). Geneva. *Trade and Development Report 2023*. https://unctad.org/system/files/official-document/tdr2023ch2_en.pdf
- UN Global Fund (2024). About the Global Fund. New York: United Nations. <https://www.theglobalfund.org/en/about-the-global-fund/>

Van der Pijl, K. (2012). *The Making of an Atlantic Ruling Class*. London: Verso.

Varoufakis, Y. (2023). *Techno-feudalism*. New York: Vintage.

Wallerstein, I. (1974). *Semi-Peripheral Countries and the Contemporary World Crisis*. New York: Academic Press.

Xi, J. (2017). 'Opening plenary address,' World Economic Forum, Davos, 17 January. <https://www.weforum.org/events/world-economic-forum-annual-meeting-2017/sessions/opening-plenary-davos-2017>